

el mismo instante y acompañado de sus dos hijos, nos abandonó resueltamente, sin duda decepcionado ante el bandolerismo que a la sombra de la revolución se desataba como una horrible tormenta sobre el desdichado Estado de Morelos.

Yo traté de disuadir a Pablo de su resolución de abandonarnos; le manifesté que debía continuar a nuestro lado, moralizando a la gente poco a poco, para lo cual tendría que tolerar, al principio, los desmanes a que naturalmente los arrastraba su falta de disciplina y sus instintos; pero Burgos no quiso oírme; era demasiado honrado para avenirse al libertinaje de aquellas multitudes, que destilaban odio y estaban sedientas de venganzas; y sin tomarse más que el tiempo necesario para arreglar sus cabalgaduras, Pablo y sus dos hijos tomaron de regreso para Villa de Ayala, a toda prisa, el camino de Rancho Nuevo.

CAPITULO VIII

Una buena estratagema

—¿Y tú te quedas, vale?—me preguntó en tono irónico Tepepa, y sin dar tiempo a contestarle, añadió: Piénsalo bien, porque ya ves que lo que aquí se necesita es que haya hombres que a la mera hora no se “rajen.” ¿No te parece, Juan?—prosiguió dirigiéndose a Juan Sánchez, quien como ninguno se hallaba en su elemento, en medio de aquella horda de bandoleros y perdonavidas.

—Me quedo—contesté resueltamente, sin hacer el menor caso del concepto de Tepepa, que tomaba como cobardía la honradez de Torres Burgos.

Me quedé entre aquella gente, pensando para mis adentros que la patria reclamaba el sacrificio de sus hijos para salvarse de la tiranía porfiriana, y que todos los medios deben parecernos lícitos cuando se trata de llegar a un fin justo.

—Bueno—repuso Tepepa estrechando fuertemente mi mano hasta hacerme daño con la suya huesosa y encallecida. —Bueno, así me gustan los hombres; además, como tú quedas a mi lado con el mismo cargo de chupatinta que te había dado Pablo, no tendrás que entrarle a la balacera y ya verás cómo no nos va tan mal. Ahora, a formar—gritó con su voz aguardentosa e insolente el viejo Tepepa, inventando un tecnicismo militar muy suyo, que hubiera despertado la hilaridad del más infeliz recluta, pero que para aquella pobre gen-

te, tomaba el mismísimo carácter de la voz de mando de todo un Napoleón.

Tepepa que, ante todo, era un buen jinete, se complacía en encabritar el magnífico alazán que montaba y cuyos ijares aguijoneaba constantemente con las pesadas espuelas amozoneñas que portaba. Iba de aquí para allá, machete en mano, con el sombrero arriscado hacia atrás y el barboquejo detenido en la nariz, aventando el caballo, reprendiendo a gritos y con soez lenguaje a éste, por el solo hecho de hacer oír su voz autoritaria; revisando las armas de aquél, dictando disposiciones sin cuento y sin sentido al de más allá, confiriendo nombramientos y comisiones, y cuando ya aquel pequeño ejército, que ascendía a cerca de doscientos hombres, estuvo listo para la marcha, ésta emprendióse rumbo a Jojutla, cabecera del distrito de ese nombre, y población de bastante importancia por su gran movimiento comercial, pues es una de las plazas productoras de arroz de mayor importancia en la comarca.

Poco tiempo después estábamos en las goteras de la población, por la salida de Tlaquiltenango, dispuestos a caer sobre Jojutla; pero como tuvimos noticias, por algunos vecinos, de que el Gobernador don Pablo Escandón se hallaba en esa población con fuerzas suficientes, Tepepa ordenó que dos hombres echaran pie a tierra y que desarmados entraran al pueblo para tomar datos exactos de cuanto allí ocurría. Entretanto, procuramos ponernos en las mejores condiciones de defensa para el caso de ser atacados. Se nombró un servicio de avanzadas, cubrimos nuestra vanguardia, aseguramos la retaguardia y esperamos tranquilamente el regreso de los dos espías.

No se hicieron esperar mucho tiempo nuestros hombres. Trajeron consigo informes ciertos de que de Cuautla habían salido fuerzas del décimo octavo regimiento y de rurales federales y del Estado, al mando del coronel Javier Rojas, capitán Gálvez, mayor Villegas y del jefe político Enrique Dabadi, las cuales fuerzas marchaban a Jojutla para protegerla,

encontrándose ya cerca de Tlaltizapán. Informaron, además, que efectivamente el Gobernador Escandón se hallaba en Jojutla, hospedándose en la casa del ricacho León Castresana, y, por último, que sus fuerzas, que ascendían a más de ochenta hombres, perfectamente armados y municionados, estaban posesionados de todas las alturas.

En vista de estos informes, consideramos que no era conveniente un ataque a la plaza, hallándose ésta en tales condiciones de defensa y esperando el refuerzo que le venía ya muy cerca; si atacábamos, el combate podía prolongarse varias horas, y nada remoto sería que las fuerzas de Rojas tuvieran tiempo de llegar y batirnos por la retaguardia, forzándonos a quedar entre dos fuegos; en vista de estas circunstancias, resolvimos poner en juego una estratagema que nos dió magníficos resultados.

Abandonamos rápidamente nuestras posiciones, enviamos varios individuos al pueblo para que valiéndose de todos los simpatizadores de la causa, hicieran circular la noticia de que nosotros, aprovechando la ausencia del Gobernador, marchábamos a todo escape sobre la capital del Estado; y en efecto, hicimos una retirada fingida, tomando el camino de Cuernavaca, y como íbamos a galope tendido, no tardamos en perdernos de la vista de los defensores de Jojutla, en las asperezas y tortuosidades del terreno, propicio como pocos, por aquellos rumbos, para emboscadas y estrategias.

Pasamos el resto del día escondidos entre las barrancas y entre la espesura de los amates, distantes de Jojutla tan sólo una hora larga. Sobre el camino establecimos avanzadas, pero que estuvieran ocultas a la vista del enemigo, y esperamos, seguros del éxito, el resultado de aquella falsa retirada.

Por otra parte, el teniente coronel don Pablo Escandón no tenía el menor deseo de combatir con nosotros. Rico, acostumbrado a una vida palaciega, de constante holganza, vida que hace a los hombres inactivos, sin otra cosa de que ufanarse, que la de ostentar un nombramiento de teniente coronel obtenido en las antesalas presidenciales y a fuerza de banque-

tes, Pablo Escandón estaba muy lejos de intentar combatir personalmente la revolución en Morelos. De tal suerte, so pretexto de que ya no había temores de un asalto a la plaza y a pesar de las súplicas de muchos vecinos que, convencidos del inminente peligro que correría Jojutla quedando desguarnecida, pedían que aquella fuerza de ochenta hombres quedara allí de guarnición, el impopular gobernante emprendió rumbo a Cuernavaca, una precipitada marcha, que más bien era una vergonzosa huida.

Jojutla, desde aquel momento, quedaba abandonada a sus propios esfuerzos.

CAPITULO IX

Escandón más ligero que un gamo

—¡Alto! ¿Quién vive?

—El gobierno constituido—contestó la voz temblorosa de Escandón.

Una descarga de fusilería que nuestros hombres parapetados tras los “tecorrales” hicieron sobre el núcleo gobiernista, apagó el eco de sus palabras.

Aquel ataque inesperado, produjo en Escandón y en los suyos, simultáneamente, un pánico indescriptible. Como si alguno entre ellos hubiera dado el grito de sálvese el que pueda, todos echaron a correr en completo desorden, en distintas direcciones, sin acordarse de sus armas, en medio de una confusión terrible, bajo una verdadera lluvia de balas que nuestros hombres lanzaban al unísono de una ensordecedora gritería.

—¡Duro, muchachos, sobre ellos!—gritaba el viejo Tepepa por aquella su primera victoria.—¡Viva Madero! ¡Abajo el mal gobierno!

—¡Muera el “científico” Escandón!—rugía Juan Sánchez que, montado en un hermoso retinto cabos negros, se había lanzado ya en persecución del grupo gobiernista, seguido de varios de los nuestros, quienes gritaban en coro ¡mueraaa!, sin cesar de disparar sus armas hasta que tuvie-

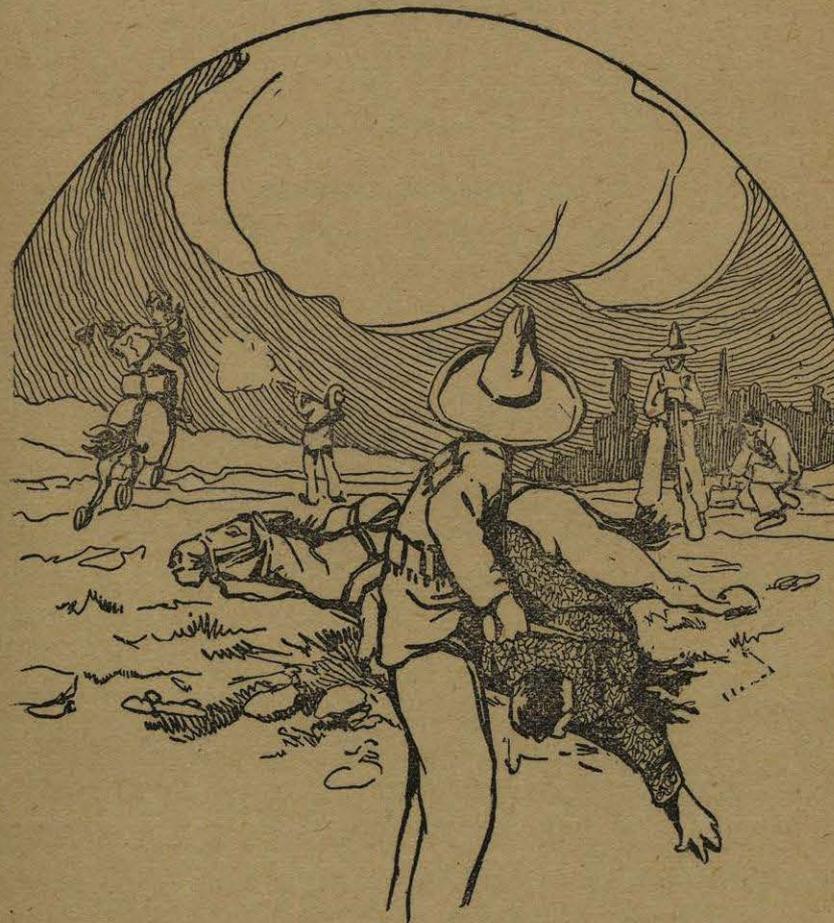
ron la seguridad de que era inútil nuestro fuego, pues Escandón y los suyos se habían puesto ya fuera del alcance de las balas.

* * *

Después de aquella acción que, moralmente, acababa de hacernos superiores al gobierno local de Morelos, nos dispusimos a pasar el resto de la noche en el mismo lugar en que nos encontrábamos y en donde, por los accidentes del terreno montoso y cruzado en todas direcciones por altos tecorrales, que nos servían de magníficas trincheras, estábamos en posibilidad de repeler cualquier ataque del gobierno, por más que no lo esperábamos, pues Escandón marchaba a escape sobre Cuernavaca y las fuerzas de Rojas y Dabbadi habían resuelto permanecer a la expectativa en Tlaltizapán, indecisos sobre si retroceder a Yautepec, que estaba siendo amagado por una partida de Lucio Moreno, o marchar a proteger a Jojutla, que consideraban puesta a salvo después de las noticias que habían recibido de nuestra retirada.

Se dió orden de que se desensillara y diera agua a la caballada, "persogándola" (1) para que pudiera pastar, entregándonos al descanso, no sin antes haber nombrado nuestro servicio de vigilancia y tomado todas las precauciones que el caso requería.

1. Atándola del cuello.



"¡Pa que acabes pronto de padecer, vale!"

CAPITULO X

Las primeras víctimas

Al día siguiente a la madrugada, antes de ensillar, fuimos a recorrer el campo donde habíamos tenido la primera refriega con el gobierno la noche que acababa de pasar. En el camino estaba un rural agonizante, sobre una de cuyas piernas había caído su caballo, muerto por un balazo en la cabeza; a muchos metros de él, yacía otro rural con el cráneo hecho pedazos y en cuyo cuerpo se notaban las huellas inequívocas de haber sido arrastrado un largo trecho por el caballo que en vida montara. Tepepa, con toda sangre fría, desenvainó su machete y clavándolo en el pecho del rural agonizante, dijo:—“¡Pa que acabes pronto de padecer, vale!”

Ordenó en seguida que aquellos hombres fueran desnudados y colgados en los postes del telégrafo, dejándoles puestos sus sombreros, para que sirviera de escarmiento a las fuerzas gobiernistas.

—Y de paso, córtense esos alambres—dijo Tepepa, señalando los hilos telegráficos que, como una interminable línea trazada en el diáfano azul de aquel cielo meridional, cruzaba la comarca.—Corten esos alambres—repitió *pa que así no mensajien* que andamos por aquí.

CAPITULO XI

El primer asalto a Jojutla

Cuando Jojutla despertaba, a la hora en que los labriegos salen de sus casas con sus herramientas de campo sobre el hombro, y las tiendas abren sus puertas, estábamos en las goteras.

Tepepa, que sin duda alguna había oído decir que todos los jefes militares antes de entrar en combate arengaban a su gente para infundirles valor, no quiso quedarse atrás en esta vieja costumbre, y después de mandar que se “enfilaran” todos, teniéndonos a Juan Sánchez, su segundo, y a mí, su secretario, a los lados, siempre con el machete costero en la mano, tinto aún con la sangre del rural que acababa de despachar a mejor vida, dijo dando a su voz áspera un tono autoritario—Muchachos: ahora sí se hizo la nuestra. Vamos a tomar la plaza de Jojutla que, como ustedes han visto, fué abandonada anoche por el cobarde cacique Pablo Escandón. Ya verán cómo no habrá uno solo que se nos pare al frente; pero por si acaso el jefe político con sus gendarmes y alguno que otro vecino científico quieren meterse a valientes y nos hacen resistencia, no se ataranten ni se vayan “pa trás,” porque al primero que corra lo liquido. Hay dos horas libres “pa que se armen” de lo que puedan en las tiendas y en las casas de

los científicos (1) y sobre todo procuren hacerse de armas y de harto parque. A los gachupines no hay que tratarlos con consideración, pues ya ven ustedes cómo nos tratan en las haciendas, a "puritita patada limpia" y si pueden agarrarse al jefe político, al juez de letras y a los secretarios "pa que los cuélgüemos, mejor."

Después, dirigiéndose a mí, agregó, siempre en voz alta para que todos lo oyeran:—Oye, tú, Valera, era bueno que "pa que vean que *semos* honrados, le pusieras un escrito al jefe político, pidiéndole la plaza pa evitar la *infusión* de sangre, advirtiéndole que si no quieren darla, la tomaremos por la fuerza, y firmas el escrito por mí, que al cabo no conocen mi firma."

Puse, en efecto, una comunicación al jefe político de Joutla, manifestándole que para evitar la efusión de sangre, nos entregara la plaza sin hacer resistencia, y después de mandar aquel pliego con tres individuos, tomamos nuestro dispositivo de combate, esperando el regreso de los emisarios.

* * *

Poco tiempo se hicieron esperar nuestros muchachos. En el pueblo no había ninguna autoridad, pues éstas, al saber que estábamos en las goteras, se escondieron. La guarnición se componía de dos o tres gendarmes y unos cuantos soldados del municipio, encargados de la vigilancia de la cárcel.

El comercio y las casas particulares, al tener noticias de nuestra aproximación, temerosos del saqueo, habían cerrado sus puertas. Por las calles desiertas sólo transitaba uno que otro mastín que, sin importarle nuestra proximidad, tranquilos vagaban olfateando aquí y allá.

Aunque de hecho la plaza era ya nuestra, con las debidas precauciones, temerosos de una emboscada, emprendimos

(*)—Con el nombre de "científicos", la gente del pueblo bajo designa a todas aquellas personas que calzan zapatos y visten saco y pantalón.

nuestro avance al centro de la población, entrando por la calle que conduce a la estación. Eran ya las ocho de la mañana.

Tepepa, Juan Sánchez y yo, seguidos de una veintena de hombres, nos dirigimos al palacio municipal, en donde fuimos informados que el jefe político Migoni, el juez Ramos Alarcón, el secretario de la jefatura, González Romero, y algunos otros empleados superiores, habían huido al tener noticia de nuestra llegada.

Entramos sin tener la más ligera resistencia y sólo un gendarme se atrevió a disparar un tiro sobre nuestra fuerza, costándole muy cara su temeridad, pues huelga decir que en el acto fué acribillado a balazos por nuestros hombres, ávidos de sangre.

En la prisión exigimos al alcaide las llaves y pusimos en libertad inmediatamente a más de ochenta reclusos, que se nos unieron, así como un buen número de vecinos de la clase baja. Con este contingente, nuestro efectivo en hombres ascendió a cerca de cuatrocientos.

Toda esta gente, autorizados por Tepepa y por Juan Sánchez, que también hacían lo mismo, se entregó al saqueo más desenfrenado, al que se unieron muchísimas mujeres y chiquillos del pueblo bajo. Hombres, mujeres y chiquillos del mismo pueblo, arrebatában mercancías, sin fijarse cuáles; el caso era transportar de las tiendas a sus casas cuanto podían, para regresar de nuevo a continuar su obra de pillaje.